

Behind the Redwood Curtain: Cannabis in California

Tom Allman

A Personal Reflection on Marijuana, Law Enforcement, and the Emerald Triangle

Growing up in Humboldt County meant growing up in a community where marijuana was deeply woven into everyday life. Humboldt, Mendocino, and Trinity Counties—collectively known as the Emerald Triangle—have long been recognized as one of the most significant cannabis-producing regions in the United States. For many families in these rural communities, marijuana was not viewed simply as a criminal enterprise, but as part of the local economy, culture, and way of life.

My father was a businessman in Garberville who owned a combination liquor and gun store. As I reflect on my life and career, I have often thought about the interesting coincidence of that background. Our nation's history includes the era of Prohibition, when alcohol was illegal and many Americans continued to manufacture, transport, and sell liquor despite the law. Eventually, society's views changed, and alcohol became a legal and regulated industry again. I am not suggesting that owning a liquor and gun store was hypocritical, nor am I suggesting that alcohol, firearms, and marijuana are the same. Rather, I find it interesting that my family's experience and my own professional career both intersected with issues involving laws, regulations, and changing public attitudes.

When I began my career in law enforcement in 1981, all marijuana activity was illegal under California and federal law. My responsibility was to uphold the laws that existed at the time and to do so fairly and professionally. However, because I was raised in a community where marijuana was prevalent, I understood that behind many marijuana gardens were real people—friends, neighbors, relatives, and families who had been part of that culture for generations.

I later had the honor of serving as Sheriff of Mendocino County from 2006 through 2019, during what was arguably the most significant period of cannabis transition in California history. During those years, voters and lawmakers approved major changes in marijuana policy, creating systems



for medical and adult-use cannabis. At the same time, marijuana remained illegal under federal law, creating a complicated and sometimes contradictory environment for law enforcement.

One of the most important aspects of my time as sheriff was the trust I developed with many members of the marijuana-growing community. That trust came from my reputation for being fair, consistent, and willing to listen. I believe that relationship allowed me to accomplish more than a purely hardline approach would have allowed. I never ignored environmental crimes, illegal water use, human trafficking, violence, or other criminal activity associated with illegal cultivation. Those actions harmed people, communities, and the land, and they required enforcement.

At the same time, I recognized that some families in Mendocino and Humboldt Counties were third- and fourth-generation marijuana growers. I knew families whose children had attended college because of income earned through the cannabis industry. Understanding that reality did not mean excusing illegal behavior; it meant recognizing the complexity of the community I served.

When I retired in 2019, marijuana had traveled a remarkable legal journey from complete prohibition to a regulated industry under California law, while remaining illegal at the federal level. My career taught me that effective law enforcement requires more than enforcing statutes. It requires integrity, fairness, and an understanding of the people and communities behind the laws.



Tras el telón de secuoyas: El cannabis en California

Tom Allman

Una reflexión personal sobre la marihuana, las fuerzas del orden y el Triángulo Esmeralda

Crecer en el condado de Humboldt significaba crecer en una comunidad donde la marihuana estaba profundamente arraigada en la vida cotidiana. Los condados de Humboldt, Mendocino y Trinity —conocidos colectivamente como el Triángulo Esmeralda— han sido reconocidos desde hace mucho tiempo como una de las regiones productoras de cannabis más importantes de Estados Unidos. Para muchas familias de estas comunidades rurales, la marihuana no se veía simplemente como una actividad delictiva, sino como parte de la economía, la cultura y el estilo de vida locales.

Mi padre era un empresario de Garberville, propietario de un establecimiento que combinaba la venta de licores y armas de fuego. Al reflexionar sobre mi vida y mi carrera, a menudo he pensado en la interesante coincidencia que supone ese trasfondo. La historia de nuestra nación incluye la época de la Ley Seca, cuando el alcohol era ilegal y muchos estadounidenses seguían fabricando, transportando y vendiendo licor a pesar de la prohibición. Con el tiempo, la percepción social cambió y el alcohol volvió a convertirse en una industria legal y regulada. No pretendo sugerir que fuera hipócrita tener una tienda de licores y armas, ni tampoco que el alcohol, las armas de fuego y la marihuana sean lo mismo. Más bien, me parece interesante que tanto la experiencia de mi familia como mi propia trayectoria profesional hayan coincidido con cuestiones relacionadas con leyes, normativas y la evolución de la opinión pública.

Cuando inicié mi carrera en las fuerzas del orden en 1981, cualquier actividad relacionada con la marihuana era ilegal según las leyes de California y las leyes federales. Mi responsabilidad consistía en hacer cumplir las leyes vigentes en aquel momento, actuando siempre con equidad y profesionalidad. Sin embargo, al haberme criado en una comunidad donde la marihuana estaba muy extendida, comprendía que detrás de muchos cultivos de marihuana había personas reales: amigos, vecinos, parientes y familias que habían formado parte de esa cultura durante generaciones.



Más tarde tuve el honor de servir como sheriff del condado de Mendocino desde 2006 hasta 2019, durante lo que podría decirse que fue el periodo de transición más significativo en la historia de California en cuanto al cannabis. En esos años, los votantes y los legisladores aprobaron cambios importantes en la política sobre la marihuana, creando sistemas tanto para el cannabis medicinal como para el de uso recreativo. Al mismo tiempo, la marihuana seguía siendo ilegal según la ley federal, lo que generaba un entorno complejo y, a veces, contradictorio para las fuerzas del orden.

Uno de los aspectos más importantes de mi gestión como sheriff fue la confianza que logré establecer con muchos miembros de la comunidad dedicada al cultivo de marihuana. Esa confianza se basaba en mi reputación de ser justo, coherente y estar dispuesto a escuchar. Considero que esa relación me permitió lograr más de lo que habría conseguido un enfoque de mano dura. Nunca pasé por alto los delitos ambientales, el uso ilegal de agua, la trata de personas, la violencia ni otras actividades delictivas asociadas al cultivo ilegal. Esas acciones perjudicaban a las personas, a las comunidades y a la tierra, por lo que requerían una intervención policial.

Al mismo tiempo, reconocía que algunas familias de los condados de Mendocino y Humboldt llevaban tres o cuatro generaciones cultivando marihuana. Conocía familias cuyos hijos habían podido cursar estudios universitarios gracias a los ingresos generados por la industria del cannabis. Comprender esa realidad no significaba justificar conductas ilegales; implicaba reconocer la complejidad de la comunidad a la que servía.

Cuando me jubilé en 2019, la marihuana había recorrido un camino legal extraordinario: pasó de la prohibición absoluta a convertirse en una industria regulada por la legislación de California, aunque seguía siendo ilegal a nivel federal. Mi carrera me enseñó que una labor policial eficaz requiere algo más que la simple aplicación de las leyes; exige integridad, equidad y comprensión de las personas y comunidades que hay detrás de esas normas.

